

La Capilla siXtina

TORTILLA A LA ESPAÑOLA

Recientemente se han producido importantes acontecimientos culturales en el país. Suelo preocuparme ya sólo por los que me divierten, y considero que el más sugestivo de todos ha sido el discurso del señor Muñoz Alonso, nuevo rector de la Complutense. El señor Muñoz Alonso, autor de varios libros y, si no me equivoco, de uno titulado «La cloaca de la Historia», tiene un verbo ya famoso y que en otras ocasiones he glosado en mi capilla o para mi capote. Se despachó a su gusto el señor Muñoz Alonso en el discurso protocolario, y demostró algo que yo siempre había sospechado: un innato talento poético, malgrado por la dedicación docente y política.

Pero no terminan los placeres derivados del acto en la poesía hermética de Muñoz Alonso. El acto ha tenido prolongaciones y nuevamente servidas por la literatura, como oportuna Beatriz que suele acompañar por la Gloria a los políticos españoles. Una de las prolongaciones del acto ha sido el artículo publicado en «Nuevo Diario» por Giménez Caballero, un plumo de primer categoría, resultado del mejor literario del período de entreguerras. Masculino tanto porque conozco la aversión que el señor Giménez Caballero siente hacia las palabras femeninas, aversión que le ha llevado a sostener que prefiere Falanjo y no Falanje.

Desde que ha vuelto, Giménez Caballero está empeñado en demostrarnos que «quien tuvo, retuvo». A pesar de los años, Giménez Caballero, profeta de la literatura épico-imperial que tanta gloria cultural nos ha dado, mantiene el espíritu joven, muy joven, adolescente en ocasiones, en otra incluso revestido de esa pureza que sólo consiguen los niños puros, que no son todos, porque hoy día hay mucho vicio y mucho cachondeo maligno en toda la escala biológica. Giménez Caballero ha escrito a propósito del discurso de Muñoz Alonso que la solución para los problemas de la actual universidad española consistiría en reagrupar a las juventudes universitarias en: «... una obligatoria prestación societaria que las salve su moral personal, infestada de "gran ciudad", y su reintegración

a la tierra (es decir, a la Patria) y, sobre todo, su regeneración religiosa de "amor al prójimo", al hermano depauperado y hambriento, al "tercermúndico". Y esto mediante participaciones laborales, especialmente agrarias, aparte de otras también abnegadas hacia la civilidad del ocio, en que ese ocio deberá ser espiritualizado y hasta santificado...».

Lo que el señor Giménez Caballero propone se parece bastante a la revolución cultural china, aunque también podría parecerse a la triquiñuela de las comunas israelitas, montadas como escaparate socialista y avanzando de un país, en realidad, copado por el capitalismo norteamericano. Nos sorprende en el señor Giménez Caballero su lógica, paralela a la «revolución cultural» o la estrategia del sionismo.

En España se está manifestando una aguda crisis, en algunas notas, equivalente a la que padece todo Occidente, en otras, cargada de peculiaridad y en otras coincidente con una crisis universal que comprende por igual a occidentales, orientales y cosmonautas. Esta crisis «universal» es la derivada del divorcio entre poder y conducta popular; la derivada de la falta de una auténtica participación, de una auténtica comunicación. Esta crisis ha sido un resultado positivo del crecimiento cuantitativo de los críticos y concienciados, capaz de poner en cuarentena cualquier elitismo de la política, la cultura o el bienestar.

Ahora bien, resolver este desafío cósmico por el expediente de la mística es algo así como apagar fuegos con gasolina. Cuidado. Ya presumimos que la gasolina mística, con la que el señor Giménez Caballero quiere apagar el fuego universitario es de la que no se inflama. Es una gasolina tan sintética, tan sintética que es agua. Predicar una cruzada de «socialización de la juventud» en un país en el que cada vez son más las fuerzas sociales determinantes, empeñadas en un irreversible proceso neocapitalista, es como condenar al franciscanismo a los criados de Rockefeller, sin decirle ni pío a Rockefeller.

Giménez Caballero, genio y figura hasta la sepultura.

SIXTO CAMARA

Economía

EL "AFFAIRE" SCHWEITZER

El Fondo Monetario Internacional abrió sus sesiones en el hotel Sheraton, de Washington, bajos los efectos de una gran explosión: a raíz de una gestión sin precedentes del secretario americano del Tesoro, George Schultz, director general del FMI, el francés Pierre-Paul Schweitzer es invitado a presentar la dimisión. En principio debería abandonar próximamente un cargo cuyo mandato expiraría normalmente en otoño de 1973.

El Gobierno americano reprocha a Schweitzer el haber minado su dispositivo de defensa pronunciándose abiertamente a favor de una devaluación del dólar con motivo de la crisis del año pasado. También le acusa de no haber tenido suficientemente en cuenta el punto de vista de Washington a la hora de elaborar el informe presentado al FMI en la primera sesión. El Gobierno americano hizo saber a Schweitzer que ya no gozaba de su confianza. Desautorizado por la primera potencia mundial, Schweitzer difícilmente podía conservar la dirección del FMI, que hasta entonces había funcionado bajo la égida del consenso unánime de sus principales miembros.

El intento de expulsión del director general de FMI es tanto más insólito cuando que éste había manifestado siempre una gran independencia como funcionario internacional desde su acceso a ese cargo de alta responsabilidad en 1963. En 1967, esta actitud de independencia hizo que recayeran sobre él las iras de Michel Debré, entonces ministro de Hacienda francés, quien le reprochó el que

sostuviera las tesis americanas relativas a los «derechos especiales de tirada», a los que se oponían tanto el ministro como el general De Gaulle.

La ofensiva del Gobierno de Washington en el FMI no constituye ningún fenómeno aislado, sino que se manifiesta, bajo otras formas, en todos los grandes organismos internacionales y especialmente en las Naciones Unidas. En vísperas de las elecciones presidenciales, la Casa Blanca multiplica sus intervenciones nacionalistas para demostrar a la opinión interior del país que Nixon no hace regalos así como así.

En el terreno monetario, la intervención del secretario del Tesoro resulta tanto más curiosa cuanto que los americanos no tenían ningún candidato oficioso a la sucesión de Pierre-Paul Schweitzer. Este podía ser sustituido, llegado el caso, por Jelle Zillstra, gobernador del Banco de los Países Bajos, o por Ossola, número 2 de la Banca de Italia. Dicha intervención ha suscitado además un vivo descontento entre los numerosos partidarios con que cuenta Schweitzer y, sobre todo, entre los representantes del Mercado Común y del Tercer Mundo, a quienes les gustaría ver prolongado el mandato de Schweitzer. Los franceses han tratado, sin embargo, de evitar un enfrentamiento directo con los americanos por no perjudicar las relaciones entre los dos países.

De hecho, los intentos de Washington tendentes a derrocar a Pierre-Paul Schweitzer no constituyen un caso aislado, sino que for-

